

Radiografía de la guerra del fútbol o de las cien horas

OBDULIO NUNFIO

INTRODUCCIÓN

Por esos caminos del mundo camina en diversas versiones la crisis internacional, que no termina aún de solucionarse, entre dos países vecinos, considerados por la tradición como hermanos, cual es la planteada entre Honduras y El Salvador. Los medios de comunicación masiva, manejados con ciertas intenciones, han desvirtuado la naturaleza y el origen del problema; a tal punto que hasta se ha hecho mofa del conflicto, llamándolo “la guerra del fútbol”. Y es que el asunto se hizo más manifiesto y más intenso justamente cuando entre ambos países se realizaban los juegos de eliminación para el Campeonato Mundial de Fútbol que se realizaron en la ciudad de México en 1970. Corresponde al científico social, por lo tanto, aclarar las cuestiones mediante un análisis de los factores que intervienen en un conflicto de tan hondas raíces (y no de una mera cuestión pasajera como lo es de un evento deportivo), a fin de que se conozcan los antecedentes mediatos e inmediatos de la cuestión así como las graves consecuencias que implican en la economía nacional y a nivel internacional para ambos países. La propaganda, además de la invasión de El Salvador a Honduras hasta el punto de ocupar más de 1 600 Kms², incluyendo unas 12 poblaciones fronterizas, se ha hecho a la luz de 100 horas que se emplearon para ocupar esos lugares hasta el momento en que el organismo internacional OEA ordenó el cese del fuego. El enfoque de la XIII Reunión consultiva de la OEA hizo énfasis sobre todo en la guerra no declarada y no de los antecedentes y motivaciones que tuvo El Salvador para agredir militarmente a Honduras. También, pues, merece aclararse este asunto, no por mero compromiso nacionalista, sino por las serias implicaciones que tiene para la convivencia

mundial en general y latinoamericana en particular, en lo que corresponde a la serie de problemas por los que atraviesa Latinoamérica como un todo.

Las relaciones honduro-salvadoreñas

En el proceso histórico, Honduras y El Salvador han vivido momentos de buenas relaciones. Cuando en los primeros días de la vida independiente de Centroamérica, al separarse en parcelas lo que se llamaba la República Federal de Centroamérica, en 1826, el patriota y líder hondureño Francisco Morazán, hacia 1827 aglutinó dentro del Ejército de la Federación de Centroamérica a ciudadanos de ambos países. Entre ellos no hubo jamás problemas de discriminación, antes bien existió integración y compactación ejemplar entre ambos grupos. Y hay un hecho de gran significación histórica: cuando el general Morazán iba a ser fusilado en Costa Rica el 15 de septiembre de 1842, pidió ser sepultado justamente en El Salvador.

Por otro lado, cuando la *United Fruit Company*, entre otras compañías yanquis (como la *Standar Fruit*, la *Vaccaro Brothers and Co.*, y la *Coyumel*), al instalarse en la costa norte de Honduras para explotar el banano, pidió mano de obra, le llegó por diversos medios (contrabando de negros, avisos en los periódicos, contratistas, etcétera), y la respuesta de los salvadoreños no se hizo esperar. Desde entonces miles de salvadoreños residen ahí, y han formado sus hogares por varias generaciones.

Además está el ejemplo de la Unidad Nacional Centroamericana, cuando la invasión a Nicaragua por el filibustero William Walker, quien en la campaña nacional de 1848 fue expulsado por los ejércitos unidos de Centroamérica.

En la etapa presidencial de Paz Barahona (1925-1929), hay un desarrollo de la democracia en la vida política hondureña. En este momento las relaciones con los salvadoreños se caracterizan por su cordialidad y sincera amistad. Los salvadoreños son ubicados en la costa norte aun sin haber cumplido requisitos migratorios.

Siendo gobernante de Honduras Tiburcio Carías Andino (1933-1949), los salvadoreños son expulsados de El Salvador, o son fugitivos de la barbarie desatada por el general Maximiliano Hernández Martínez, después de los acontecimientos del año 32, y son recibidos de buen grado en aquel país.

Antecedentes de la migración salvadoreña a Honduras

A fines del siglo pasado se origina una transformación de la propiedad de la tierra en El Salvador. De la forma ejidal y comunal se pasa a la propiedad privada. En este proceso histórico se viola la propiedad de la tierra para luego legalizar la inviolabilidad de la misma.

El procedimiento seguido fue el despojo violento de la tierra ejidal y comunal de los campesinos, lo que da lugar al proceso de concentración de la tierra y al monopolio agrícola, por un lado. Por otro, la creación de una masa de trabajadores desposeídos de los medios de producción, empujados a convertirse en enormes potencialidades de mano de obra en grandes cantidades y sobre todo barata.

La reforma agraria burguesa, realizada en El Salvador, se vio legalizada por la Ley de Extinción de Ejidos (9 de marzo de 1882, siendo presidente de la República el doctor Rafael Zaldívar), Ley de Extinción de Comunidades (1881), Ley de Propiedad Raíz e Hipoteca y la de Tributación de Terrenos Rústicos (ambas de 1897). Hacia 1912, siendo presidente el doctor Manuel Enrique Araujo, caracterizado progresista, se emitió nuevo acuerdo sobre el reparto gratuito de las tierras comunales.

Para el año 1932, prácticamente la tierra ya estaba repartida. El censo del año 30 señala la tenencia de la tierra concentrada en un 1% de la población. Los remanentes comunales que quedaban aún, fueron exterminados por el general Martínez después del levantamiento campesino de 1932.

La crisis del año 30

La grave crisis mundial del año 30 tuvo enormes repercusiones económicas políticas y sociales en la vida del país. Para El Salvador comienza allá por octubre de 1929. Seguramente esta situación es más determinante de la migración salvadoreña hacia Honduras y otros lugares que la misma masacre desatada por Martínez en 1932. Cabe aclarar que durante el conflicto se señalaba románticamente el espíritu aventurero de los salvadoreños como causa de las migraciones constantes a Honduras, Estados Unidos, México, Guatemala, etcétera. Esta apreciación falsa se desvirtúa con estos datos objetivos. El precio del café, principal fuente de ingresos nacionales (ya había declinado la producción y exportación del

añil) había bajado extraordinariamente, justo cuando ya se había logrado un periodo de prosperidad económica por el alto precio del café a nivel internacional. Los ingresos al erario nacional habían sido mejores.

El valor de las exportaciones de café en los cinco años comprendidos entre 1926 y 1930 había disminuido de \$ 46.731,335 a \$ 23.914,481 en 1930, o sea un poco más del 50%. El precio por quintal de 46 kilgr. de café se había reducido en ese mismo lustro de \$ 42.45 a \$ 18.76. En 1930, dentro del volumen de las exportaciones el café representó el 94.09% del volumen de las exportaciones de El Salvador. Por otra parte, las rentas de aduanas, principal fuente de ingresos fiscales estaban intervenidas desde 1922 por el imperialismo norteamericano, por deudas contraídas por el gobierno salvadoreño, con prestamistas de Norteamérica. (Al Estado salvadoreño sólo se le permitía utilizar el 25% de los impuestos recaudados, destinándose el 75% (restante) al pago de intereses y capital a los tenedores de bonos norteamericanos.¹

En consecuencia los años 30 y 31 constituyen un periodo de crisis en El Salvador. Por primera vez el salvadoreño conoce la incertidumbre y el hambre. No se pagaban los salarios y a su vez éstos eran sumamente bajos.

Los salarios en las explotaciones agrícolas llegaron a ser hasta de veinte centavos (algo así como ocho centavos de dólar) por jornadas mayores de ocho horas y trabajos verdaderamente agotadores.²

Es entonces cuando la gente empieza a organizarse para reclamar sus salarios. Y comienza desde luego un periodo de huelgas, tanto en el campo como en la ciudad. Hacia finales de marzo de 1930 se organiza el Partido Comunista Salvadoreño. La clase campesina responde de manera extraordinaria. La gente del agro se organiza alrededor de "Socorro Rojo Internacional", cuyo secretario general era Farabundo Martí. Se realizan huelgas cuando la crisis y los conflictos debido sobre todo por la falta de pago, bajos salarios y mala alimentación.

El levantamiento campesino de 1932

En 1931 tomó posesión de la Presidencia de la República el ingeniero Arturo Araujo, después de las elecciones más ejemplares, más libres y más democráticas que conoce la historia de El Salvador.

Los candidatos habían sido: el doctor Alberto Gómez Zárate, quien gozaba del favor presidencial (Pío Romero Bosque); general Claramount Lucero, varias veces candidato presidencial, aun en 1944; general Maximiliano Hernández Martínez, con pocas probabilidades; el candidato de la oligarquía nacional terrateniente era el doctor Enrique Córdova, eminente abogado, el más grande de su época; y por supuesto el ingeniero Araujo que era el más popular, como se verá.

El general Martínez hizo alianza con Araujo, de manera que resultó vicepresidente. Pero a los nueve meses de mandato, el 2 de diciembre de 1931, Martínez llegó al poder, el que mantuvo hasta el 2 de abril de 1944 (10 de mayo, propiamente a raíz de la huelga general en todo el país), sin saberse a ciencia cierta si tuvo o no participación directa en el golpe de Estado —aunque la tradición lo señala como el autor— que derrocó a Araujo. A Martínez se le presentó una situación política insostenible al principio. No contaba con el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos, ni de las naciones centroamericanas en razón de un acuerdo de no reconocer gobiernos *de facto*; tampoco contaba con el apoyo de la oligarquía al haber suscrito de alguna manera —con la alianza— los planteamientos del ingeniero Araujo alrededor de la repartición de tierras durante su campaña. Fue esta temática la que hizo popular a Araujo y la razón de que el campesinado deseara el retorno de su amado presidente al cargo para el que fuera electo y así cumpliera las promesas que les había hecho. Por su parte, Jorge Ubico, presidente de Guatemala, apoyaba a Araujo para que retornara al poder. Y la situación económico-social, derivada de la crisis del año 30, se agravaba.

Las huelgas de trabajadores agrícolas que habían venido sucediéndose desde 1930, prosiguieron en diversas haciendas en el año de 1931. Tales movimientos fueron reprimidos con violencia (por la Guardia Nacional).³

El 19 de enero de 1931 Martínez capturó a Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata, tres notables líderes obreros. A Martí le encontraron documentación sobre la insurrección que se levantaría en fecha próxima.

Los campesinos por su parte habían desarrollado un fuerte fervor patriótico, el deseo de lucha, “después de cada golpe recibido más anhelaba que llegara el día del desquite, y así poder hacerse justicia por su propia mano” (*op. cit.*, p. 19). Para el Partido Comunista

Salvadoreño la situación era difícil de controlar, en términos de una estrategia conjunta con los grupos campesinos. De manera que después de dos postergaciones de la fecha del levantamiento, a las 12 de la noche del 21 de enero se desató esa lucha que venía gestándose y provocándose. La represión fue brutal y despiadada, la cual duró unos tres meses, y cobró cerca de 30 000 vidas. Los campesinos iban armados con aperos de labranza y algunas armas de fuego, el resto era la decisión de reivindicarse. Después de esta experiencia no ha vuelto a manifestarse tanto empuje en el sector campesino. Como consecuencia de este fenómeno miles de campesinos y obreros se ven forzados a emigrar. Tiburcio Carías, como se ha dicho, los recibe en la costa norte de Honduras.

Un aspecto geográfico-fronterizo

El Salvador y Honduras aún no han podido delimitar claramente sus límites, lo que es motivo de disputas, por razones que adelante se señalarán, y no pocas veces es objeto de “olvido unionista” cuando las condiciones lo requieren. Por otro lado la frontera, mayor al lado de Honduras que al de Guatemala, más de doscientos kilómetros, no está permanente ni adecuadamente vigilada, lo que facilita la entrada y salida a Honduras o El Salvador. Es decir, que hay evasión constante de las obligaciones migratorias, fuente de “indocumentación” de mano agrícola en Honduras, de contrabando de mano de obra, de fuga de personas que han cometido algún delito común. Los datos estadísticos a este respecto de la migración por las aduanas no revelan el volumen del fenómeno.

Génesis de las rivalidades honduro-salvadoreñas

La migración, en el caso concreto, de salvadoreños a Honduras ha sido concebida como un desplazamiento de mano de obra hondureña. La verdad es que Honduras con una extensión de 112 088 Km² de extensión, tiene una población menor que El Salvador con una extensión oficial de 20 000 Km², lo que indica una densidad poblacional muy baja en relación con El Salvador: Honduras, 21 habitantes por Km² y El Salvador 142 habitantes por Km². La migración, a lo que parece ser, en el primer momento se realiza sobre la base del campesinado y en un segundo momento de comerciantes e industriales pequeños. Lo cual genera, a su vez, rivalidades entre ocupaciones así como en la producción y en el comercio.

Este segundo momento incide con la presencia del grupo comercial e industrial árabe en Honduras, que entrará en competencia con los salvadoreños. La población palestina en Honduras es muy grande, especialmente en Tegucigalpa, y es un grupo dominante en el gobierno central, pues tienen muchos hilos dentro del enrejado económico y político del país.

A esto debe agregarse un hecho que ha permanecido inadvertido y es que en El Salvador se emitió la Ley de Protección del Pequeño Comercio, la cual, según se ha señalado tiene tendencias claramente racistas y habría afectado los intereses de los árabes (entre otros extranjeros). De esa manera, se afirma, los judíos —que ejercen algún dominio económico y político en El Salvador— presionaron en el sentido de dar protección constitucional a los negocios de un capital hasta de \$100,000 (US\$ 40,000), siendo los salvadoreños los que tienen la prioridad, con lo cual, como se ha dicho, se afectó intereses de otros comerciantes instalados en El Salvador.

Otro de los problemas importantes en este respecto es el desarrollo económico diferencial asincrónico entre Honduras y El Salvador. Y esto data desde hace muchísimos años. Por ejemplo, cuando El Salvador ya tenía ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, Honduras carecía de ellos. Y fueron los salvadoreños que habían trabajado en las instalaciones los que se encargaron de realizar esas obras en tierra hondureña. Hace algunos años —y aún persiste la situación— Honduras estuvo pidiendo trato preferencial dentro de los Tratados de Libre Comercio, en el Plan de Integración Centroamericana, en vista de tener un incipiente desarrollo industrial en relación con el resto de Centroamérica y como consecuencia una balanza de pagos desfavorable. El Salvador actualmente tiene mucho que importar en cuestión de productos manufacturados al resto del Mercado Común Centroamericano, especialmente a Honduras. En cambio Honduras exporta productos principalmente agrícolas, con gran profusión a El Salvador, lo cual provoca una gran desventaja en estas relaciones comerciales. Ésta es una de las razones a los productos manufacturados salvadoreños en Honduras: cemento, toallas, calzado, margarina, telas, confites, machetes, fósforos, detergentes, y aun otros productos como huevos, sal yodada, etcétera.

El prejuicio contra los salvadoreños y su explotación

Una cuestión que se ha destacado bastante a nivel de lo emotivo e irracional es lo referente a los prejuicios mutuos entre salvadoreños

y hondureños. La propaganda, especialmente la hondureña, ha puesto de manifiesto eso de que “el salvadoreño es un maleante, un ladrón, un usurpador”, de que “las salvadoreñas son prostitutas”. Frente a ello, en El Salvador se ha destacado de diversas maneras que “el hondureño es un haragán”, mientras “los salvadoreños son trabajadores”, que llegaron a Honduras a iniciar el proceso de desarrollo, etcétera.

Un prejuicio es una actitud desfavorable, una predisposición a percibir, actuar, pensar y sentir en formas que son “contrarias” y “no favorables” a otra persona o grupo. Las actitudes de prejuicio hacia otras personas difieren de las actitudes favorables en dos sentidos principales: predisposición a mantener a cierta distancia cierta gente, antes que tener una relación íntima con ella, y predisposición a dañarla antes que ayudarla. Por lo común, como veremos, al mantener la gente a distancia sirve ya para dañarla, exista o no un intento consciente de hacerlo. Tal como usamos el término, entonces, el prejuicio incluye variadas (y a menudo desconocidas) combinaciones de predisposiciones a evitar la intimidad con otras personas, es decir, a mantenerlas a distancia psicológica y espacialmente, o ambas cosas, y dañarlas.⁴

Es decir, que los prejuicios aparecen como un síndrome de la personalidad de actitudes en contra de individuos o grupos, cuyo origen irracional —como producto social— no permite el cambio y se constituye sobre una falsa generalización. De ahí que las aseveraciones acerca del salvadoreño trabajador y el hondureño haragán están determinadas por las condiciones materiales en que se desarrolla la existencia de ambos grupos y las formas de convivencia. Podemos establecer proposiciones que confirman lo contrario o que al menos atenúan esa visión, como resultado de observaciones hechas en el terreno.

El salvadoreño que llega a Honduras tiene que abrirse camino para lograr su supervivencia, además de que llega con la convicción de que tiene que trabajar para comer. El hondureño por su parte tiene en cierta forma resuelto su problema dentro de sus sistemas de existencia; el tipo de producción al que está acostumbrado es el del autoconsumo, mientras el salvadoreño está interesado en la producción para el intercambio. Dichas afirmaciones señaladas son las excepciones. En la costa norte donde se explota fundamentalmente el banano ambos grupos trabajan en un sistema de explotación para la exportación.

Algunos salvadoreños que ingresan a Honduras son fugitivos de

la justicia por delitos de diverso tipo. Ya allí continúan a veces con sus fechorías, de modo que por unos cuantos salvadoreños que hacen noticia se extiende la generalización.

El salvadoreño, por otro lado aparece como el mil oficios, el “cachero”;⁵ siempre dispuesto a la actividad, pues para resolver sus problemas “le hace de todo”, es decir que practica trabajos desde la agricultura hasta la hojalatería, desde la ganadería hasta la zapatería. Estas afirmaciones son más aplicables a las clases populares antes que para las clases medias. En las clases medias se observa que por la diferenciación social del trabajo y el desarrollo capitalista de los servicios, las exigencias son cubiertas más específicamente.

El salvadoreño que migra a Honduras, impulsado, como se indicó antes, por la carencia de tierras (mientras una minoría dispone de grandes extensiones, el resto carece de medios de producción agrícola), por la desocupación, y como consecuencia de graves crisis económicas y políticas, va a ocupar tierras que encuentra a su disposición: tierras nacionales, ejidales, que arrendar, que le dan oportunidad de trabajo como colono. Al ocupar tierras nacionales en lugares remotos e inaccesibles para las autoridades, tiene la oportunidad de “denunciarlas” y hacer el registro de la propiedad. Pero uno de los primeros requisitos exigibles es que tenga en regla su situación de migrante. Estando indocumentado no puede hacerlo, pero ahí permanece por años, por generaciones. Este trabajo en las tierras así ocupadas le exige botar árboles, desbrozar la tierra, apartar peñascos, hasta que el terreno está fértil y así comienza su ciclo de producción, a veces en una economía agrícola de subsistencia, a veces con una economía de intercambio. Otras veces se va a vivir en lugares marginales, en valles, en zonas rurales, para dedicarse a otras actividades no agrícolas. Esta situación lo hace aparecer como usurpador de tierras, que unido al prejuicio alrededor de su actividad mayor, hace del “guanaco” un elemento indeseable, objeto de “resentimiento”, que internalizado en las masas es fácilmente explotable por la propaganda y la pasión chovinista para su persecución.

Hacia 1965 habría en Honduras unos 100 000 salvadoreños residiendo en forma permanente. Un 30% de la población obrera en las plantaciones bananeras de la costa norte de Honduras la constituía mano de obra salvadoreña.⁶ Después del conflicto guerrero se señaló que para este año estarían residiendo en Honduras unos 300 000 salvadoreños en diversas ocupaciones; agrícolas, maestros, periodistas, artesanos, obreros, comerciantes, *clowns*, etcétera. Pero

este dato no es básicamente confiable, por su origen político. De todos modos la migración a Honduras ha sido muy importante.

Las relaciones honduro-salvadoreñas en el campo de la política internacional

Para poder explicarse mejor la serie de fenómenos alrededor de la crisis entre Honduras y El Salvador y de sus momentos de unión, hay que ver las alianzas que a nivel internacional mantienen los gobiernos para permanecer en el poder o para propiciar la caída de alguno. Para que un candidato, por ejemplo, pueda llegar a la Presidencia de una República debe contar con la simpatía de los presidentes centroamericanos o al menos con una neutralidad. Se ha dado la situación de que las pláticas sobre Unión Centroamericana estén ligados con crisis de poder: un gobernante piensa reelegirse (general Castañeda Castro, El Salvador, 1948) o un gobierno va a caer (Estrada Cabrera, Guatemala, 1920).

En la época del año 1935-38, el bloque de los dictadores (Somoza, Carías, Martínez, Ubico) habían acordado evitar el ingreso de emigrados políticos a sus respectivos países. Así, iban a México o a Costa Rica. Cuando Arbenz asume el poder en Guatemala (1944 en una Junta de Gobierno, y en 1950 por elecciones), sí comenzaron a llegar exiliados políticos.

Después de la caída de Martínez, en 1944, ese bloque de dictadores se resquebrajó. Cayó Ubico, de Guatemala, en octubre de ese año. En El Salvador se quedó gobernando interinamente el general Andrés Ignacio Menéndez, quien apoyó la invasión a Honduras para derrocar a Carías. Éste a su vez influyó poderosamente para que llegara —y así fue— el coronel Osmín Aguirre y Salinas —otro masacrador y tirano— ese mismo año. El peligro advertido era que Menéndez había dado amplias libertades de organización y que como consecuencia se acrecentara la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) que contaba con unos 100 000 afiliados. Carías utilizó varias formas de presión: represalias contra salvadoreños residentes, cierre de fronteras para evitar el ingreso de exiliados salvadoreños. Osmín Aguirre a su vez comenzó la fiera persecución de líderes políticos, obreros y estudiantes.

Cuando la invasión a El Salvador, 1944, en Ahuachapán y San Miguelito, fueron aviones hondureños los que intervinieron en la represión, atacando a los jóvenes salvadoreños en Ahuachapán.

Durante unos setenta años, conservadores y liberales mantuvieron

a El Salvador, en sus primeros años de vida independiente, en un clima de inestabilidad que le impidió un notable desarrollo. Por los ideales de Unión Centroamericana se han desangrado los países vecinos. Así, en 1842 se quiso formar una República Tripartita que incluía a El Salvador, Honduras y Nicaragua. Cinco años después fracasaron nuevos intentos. Conflictos guerreros tuvieron El Salvador contra Honduras y Nicaragua en 1845. En 1850 Honduras y El Salvador atacaron a Guatemala. En 1863 Guatemala y El Salvador entraron en guerra. Se repitieron los problemas en 1876 y en 1906. En 1907, por iniciativa de Nicaragua se reunieron los cinco países para firmar un Tratado de Paz y Amistad. De modo que la “vocación guerrera” ha estado en los distintos países y no sólo en uno.

También el genocidio es un mal viejo

Las relaciones internacionales, como se ha dicho, se han desenvuelto en un ondular de magníficas relaciones y de guerras fraticidas. Pero el asesinato masivo ha sido un hecho notable. No precisamente desde la consunción de indios en la conquista española, sino desde antes. Pero también —lo que es peor— después de estos periodos. En El Salvador, el general Martínez cometió su genocidio con 30 000 campesinos que reclamaban la tierra para el que la trabaja, como les había predicado Alberto Masferrer en la campaña a favor del ingeniero Araujo.

En la época de Carías, en Honduras, se conocen genocidas famosos, tales como el coronel Tomás Martínez (Tomás Caquita), un sujeto terrible que se vanagloriaba de haber asesinado a más de 500 salvadoreños en sus incursiones fronterizas. También están consignados el coronel Eduardo (Guayo) Galiano y el coronel David Tabaldas, otros masacradores de salvadoreños. La fatídica CES fue criada por el presidente Ramón (pajarito) Villeda Morales, la cual heredó, al derrocarlo, el coronel López Arellano, presidente actual, acusado por el actual gobierno salvadoreño de genocida ante la OEA. Colaborador en estos hechos es el coronel Padilla, de Olancho, el departamento hondureño que ha sido entregado a una compañía extranjera para la explotación papelera, que es una de las raíces del problema de la expulsión y masacre de miles de salvadoreños residentes ahí. No debe olvidarse tampoco al tristemente célebre Antonio Martínez Argueta, instrumento, como los otros, de los regímenes hondureños que atentan contra la vida

y propiedad de los salvadoreños. Se viola la tierra salvadoreña cada vez que hay conflictos internos en Honduras a propósito del problema fronterizo. Entonces se asesinan o fusilan personas innominadas, por indocumentadas, o por ser salvadoreños, y a través de los años estos hechos han ido quedando impunes.

Cuando Lemus, en 1960, la carnicería contra salvadoreños fue desatada aquí mismo por la policía nacional. Se golpeó a estudiantes y obreros, se violó a mujeres, hubo estudiantes muertos y exiliados, se penetró al *campus* universitario causando destrozos materiales, se irrespetó cuadros de personajes célebres, se encarcelaron autoridades y catedráticos con estudiantes, se golpeó al rector de aquel entonces. Honduras en ese año (1960) recibió con becas a 300 estudiantes en la Universidad Autónoma de Honduras, y se dio cátedras a los profesores, de acuerdo con los convenios del CSUCA, y por propia iniciativa. Lo mismo ocurrió cuando el enero de 1961. Esa amistad afianzada vino deteriorándose poco a poco por cuestiones de fronteras, vacíos de poder, hasta llegar al momento en que el INA (Instituto Nacional Agrario) de Honduras hizo los planteamientos de tener que desplazar a los salvadoreños para poder atender las demandas de los obreros agrícolas hondureños. Pero la reforma agraria en manos del licenciado Rigoberto Sandoval Corea, tiene la característica de que no afecta los intereses de los poderosos terratenientes nacionales extranjeros (con los de las fruterías yanquis) sino los de aquellos salvadoreños que por muchos años habían laborado las tierras hasta hacerlas producir.

Los acontecimientos más recientes

Como todos los países centroamericanos, y aun latinoamericanos, Honduras está sufriendo una serie de conflictos internos en su vida política y social. Dos partidos políticos (liberales y conservadores) se disputan la hegemonía en el poder. Como son partidos caudillistas, sin programas definidos aun teniendo raigambre tradicional, problemas como el fronterizo con El Salvador son un punto de toque para consolidarse en el poder o para alcanzarlo. Además tiene problemas laborales importantes (campesinos organizados, unos 70 000 exigen decisiones respecto de las tierras y otras reivindicaciones), crisis económicas (el deterioro de su balanza de pago, desocupación, etcétera), que afectan la seguridad del mandatario. El conflicto magisterial más reciente alcanzó niveles nacionales, por las demandas de la COPROSUMAH, con apoyo universitario

y obrero. Hasta tuvo un problema diplomático al no poder ponerse de acuerdo los representantes ante la ODECA respecto del candidato hondureño para la secretaría general de este organismo inoperante.

El caso Martínez Argueta

Problemas internos, comerciales, laborales, políticos y diplomáticos, los cuales no pueden resolverse debido a las fuertes presiones sobre el gobierno hondureño, buscan una salida, una solución, cualquiera que sea, como no fuera la de reestructurar el país y atender las demandas justas de las clases populares. Y como represalia, o como un mecanismo de distracción en otros asuntos, después de Nicaragua (problema del Mocerón en 1959) El Salvador fue el chivo expiatorio de Honduras.

De esta manera, el personaje Martínez Argueta, amparado por las fuerzas de seguridad fronterizas hondureñas, violó repetidamente el territorio nacional para cometer una serie de robos, incendios y asesinatos, por lo que fue juzgado y vencido en juicio en El Salvador. Fugitivo de la justicia, cayó un día en poder de las autoridades salvadoreñas, y esto dio lugar a la renovación del problema fronterizo, con sus concomitantes de la propaganda anti-salvadoreña, el nacionalismo. Según alguna versión fue capturado en una finca, Dolores, cuya extensión abarca tanto territorio salvadoreño como hondureño. (Ésta es una de las características de la convivencia entre ambos países: las familias y las propiedades abarcan ambas nacionalidades. A mucha gente le resulta más fácil y conveniente negociar o curarse en tierra salvadoreña que en su propio país). De ahí por qué se discutió respecto de que la captura se había hecho en Honduras y consiguientemente había habido violación de la soberanía. Que la captura se realizó en tierra salvadoreña y había jurisdicción para hacerlo. En definitiva, el caso de Martínez Argueta fue la cortina de humo frente a los ingentes problemas que enfrentaba López Arellano.

Aproximadamente en mayo de 1966 sucedió un hecho inusitado, inexplicable en ese momento. La noticia pasó a los ojos de los lectores que no salían de su sorpresa: camiones del ejército salvadoreño entraron a terreno hondureño, y la única explicación que dieron es que seguramente se quedaron dormidos y no se dieron cuenta de dónde estaban, hasta el momento en que estaban rodeados de soldados hondureños. Los camiones llevaban un cargamento de

combate de primer orden. Una publicación aparecida recientemente en El Salvador señala que:

Ya es tradicional el apoyo, o por lo menos las simpatías de los gobiernos de El Salvador hacia el Partido Liberal de Honduras, simpatías que al parecer, eran mutuas. Dos años atrás, en 1967, ya hubo incidentes entre ambos países por el apoyo que dio el anterior gobierno de El Salvador, encabezado por Julio Rivera, al Partido Liberal de Honduras para voltear a López Arellano. Varios camiones del ejército de El Salvador con pertrechos de guerra atravesaron la frontera y fueron capturados por fuerzas adictas a López Arellano. Al parecer, estos pertrechos iban encaminados a abastecer a las fuerzas liberales para voltear a López Arellano.⁷

El asunto, que ocurrió en el periodo presidencial del actual embajador de El Salvador ante la OEA, en Washington, lo resolvió después el entonces coronel Fidel Sánchez Hernández, actual presidente de la República (tomó posesión el 1º de julio de 1967) por medio de una decisión legal muy discutida. Ocurrió justamente cuando los presidentes centroamericanos —incluyendo a López Arellano— se reunieron en El Salvador para tratar asuntos de política económica Nacional; el huésped era el entonces presidente de los Estados Unidos, Lindon B. Johnson. Ante ellos, la Asamblea Nacional concedió amnistía a Martínez Argueta —porque según las versiones tenidas en cuenta no fue cometido el delito por el que se le acusaba por él mismo sino por más de 20 individuos. Esta solución era la forma de negociar los soldados salvadoreños, al término de un año, quienes regresaron sin sus armas. Las armas fueron recuperadas, incluyendo los camiones, durante la guerra de las cien horas.

Las eliminatorias para el mundial en México 70

Con la serie de antecedentes señalados, se inicia la campaña sistemática y sangrienta contra los salvadoreños, buenos o malos, ricos o pobres, conocidos o desconocidos. El INA había pedido a los salvadoreños que estuvieran ocupando indebidamente terrenos hondureños que los dejaran. Estaban interesados en la limpieza de los usurpadores. Y la situación de enfrentamiento de los equipos de futbol, los seleccionados nacionales de ambas repúblicas, les caía de perlas para incitar al nacionalismo y encubrir los aviesos planes que ya se tenían. Se caldearon los ánimos a través de las provocaciones, incitaciones y fustigaciones de la prensa radical,

escrita y televisada. Dirigida hábilmente, tuvo un efecto increíble en el chovinismo nacionalista de los hondureños, quienes además contaban con el apoyo del CES (Cuerpo Especial de Seguridad) y la colaboración de la "Mancha Brava" (cuerpo civil armado) y según versiones de los salvadoreños que sufieron los embates, las embestidas de saneamiento de salvadoreños, de ladrones y asesinos sueltos para tal efecto, el *lumpen* proletariado. De manera que la propaganda penetró en la intimidad de aquellos individuos que mantenían sentimientos recónditos de hostilidad y se manifestó la serie de prejuicios contra grupos minoritarios, como el de los salvadoreños residentes.

En estas circunstancias, pues, se realiza el primer juego de futbol eliminatorio al Campeonato Mundial en México en 1970, en el Estadio "Morazán" de Tegucigalpa, entre El Salvador y Honduras. Gana Honduras. Para entonces se había comenzado la masacre de los salvadoreños, los "guanacos", los "pipiles", como se decía despectivamente. Cuando llegaron más de siete mil salvadoreños a Tegucigalpa para presenciar el partido, fueron hostilizados en todas formas en los hoteles, en los restaurantes, en las calles, en el Estadio.

Las campañas periodísticas en ambas repúblicas en esta situación revestían las características siguientes: de provocación, valiéndose de la mentira, el dolo y la saña; de crítica, con alguna deformación de los hechos; de información aunque unilateral e incompleta. De por medio estaba siempre el sentido de lo nacional, de la dignidad, el puro patrioterismo.

Cuando recién regresaron los salvadoreños de Honduras con las noticias de lo que les había ocurrido en Tegucigalpa, días antes del segundo juego (15 de junio) que se realizaría en el Estadio de La Flor Blanca, en San Salvador, los periódicos del país comenzaron su campaña de represalia, de provocación, de crítica. Reproches y quejas de las actitudes y acciones de los hondureños para con los salvadoreños. Algo así como para tomarse la revancha para cuando vinieran los "catrachos" a San Salvador. (Los campesinos desalojados seguían llegando cada vez en mayor cantidad y con narraciones más y más aterradoras.) A media semana cambió la tónica de la campaña antihondureña para pedir calma y civilidad, en lugar de la provocación. También se recurre a las cuerdas del nacionalismo. Alrededor de los futbolistas se centra el culto de la personalidad. Pero las masas, el *lumpen* proletariado ya no oye razones ni orientaciones. La pasión es su mala consejera. Y frente al Hotel San Salvador, donde se alojarían los futbolistas hondureños,

se realizan actos hostiles, violentos que no pueden controlar las fuerzas de seguridad, entre los días 13 y 14. Pero esta *vendetta* fue en menor escala de lo ocurrido en Honduras. En el Estadio Nacional, según consta en documentos filmados en *video tape*, se respetaron las enseñas nacionales y los Himnos Nacionales. Incluso salvadoreños cantaron con decoro el Himno de Honduras. Porque todavía se tenían esperanzas de que el problema no alcanzaría dimensiones mayores. El gobierno salvadoreño había comenzado gestiones en ese sentido. Ese domingo gana El Salvador. Se empata la serie.

Desde entonces se informa más claramente de la repatriación de salvadoreños perseguidos día y noche, brutalmente asesinados, mujeres violadas, hombres castrados, asaltados, dejando todos sus haberes, dejando sus cosechas, viendo incendiar sus casas, dejando parientes hondureños. Esto obliga al gobierno salvadoreño —aunque tardíamente, pues todavía por el 21 de junio negaba los hechos y trataba de llegar a una solución pacífica— a denunciar a Honduras ante la OEA por la comisión del delito de “genocidio”, delito internacional, según acuerdo firmado en la ONU en 1948, y ratificado por El Salvador en 1950 y por Honduras en 1952. La Suprema Corte de Justicia de El Salvador envía con fecha 25 de junio dicha denuncia. Por su parte, López Arellano explica que lo ocurrido a los salvadoreños no era grave y que le había sido imposible detener a un pueblo indignado por los vejámenes sufridos por hombres y mujeres en El Salvador, después del juego en Flor Blanca. Ésta es la *genesis* de la “guerra del fútbol”.

En vista del peligro que significaba la celebración del juego de desempate en Centroamérica, la FIFA decide que se realice en México. En el Estadio Azteca de la ciudad de México, D. F., el 27 de junio, en tiempo extra El Salvador gana la serie y con ello la clasificación dentro de su grupo. Su próximo rival sería Haití.

A partir de este triunfo, en El Salvador se continúa con la propaganda provocadora, de denuncia, de un despertar de la conciencia nacional más firme. Mientras tanto, la radio en Honduras, en cadena con HRN, da versiones distorsionadas del éxodo de los salvadoreños. López Arellano arenga a los “guanacos” a que reclamen las tierras que la “oligarquía les ha usurpado”.

La Universidad de El Salvador tiene que enfrentarse el miércoles 24 de junio a la Comunidad Universitaria, y el viernes 27 al pueblo salvadoreño, a fin de evitar que todas las clases sociales

exijan ya la guerra armada contra Honduras. Los efectos de la propaganda sistemática comenzaban a hacerse sentir. La universidad siempre sostuvo que la guerra no era la vía correcta para solucionar el problema. Que había que analizar racionalmente, científicamente, las causas reales del problema. De esta manera el Departamento de Ciencias Sociales, la Facultad de Economía y la de Jurisprudencia hicieron estudios socioeconómicos, políticos y jurídicos de los acontecimientos y las vías de solución.

Sigue el éxodo de salvadoreños en tal magnitud, y en tan graves condiciones que se les toma declaraciones juradas a los repatriados, en actas notariales hechas ante muchos abogados salvadoreños. Todos laboran gratuitamente para poder comprobar fehacientemente el delito de "genocidio" ante la OEA, antes de recurrir a la ONU. El Salvador, que en cierta forma ha asegurado la Unidad Nacional (faltan la participación de la universidad, los trabajadores, los pequeños comerciantes, los campesinos) rompe relaciones diplomáticas con Honduras, según comunicado de 26 de junio. Ya se han hecho para ese momento las gestiones a nivel internacional para que se investiguen los hechos denunciados e intervengan los organismos correspondientes. México acepta hacerse cargo de los intereses salvadoreños en Honduras. Costa Rica declina la solicitud respectiva de Honduras. De modo que México consiente en representar a Honduras en El Salvador.

Se forma una Comisión Mediadora, constituida por los cancilleres de Nicaragua, Costa Rica y Guatemala, quienes emiten las bases de una mediación, a fin de resolver satisfactoriamente el problema. Pero los intelectuales y el gobierno salvadoreño rechazan algunos aspectos de esas bases, pues se ponen en las mismas condiciones al país agresor con el país ofendido.

Con fecha 3 de julio, llega a El Salvador una comisión de la OEA para calificar, juzgar y decidir respecto de los hechos denunciados por El Salvador bajo el cargo de "genocidio".⁸ Honduras, no satisfecho con la expulsión de salvadoreños y los actos vandálicos, ataca el mismo día la guarnición fronteriza de El Poy, Chalatenango, con efectivos del ejército y aviación. El ataque es repelido por los soldados salvadoreños.

Como consecuencia directa de la agresión armada y violación del territorio aéreo, y ante la gravedad de la situación planteada, los diferentes sectores políticos, comerciales, industriales, universitarios, laborales se consolidan alrededor de los intereses del conglo-

merado nacional, de manera que entonces sí se alcanza la total Unidad Nacional, lo que es un verdadero acontecimiento histórico.

Estrategia y medios para formar la opinión internacional

Uno de los factores que inciden en la falta de información de los hechos ocurridos es, a nivel internacional, la carencia de agencias internacionales de prensa, especialmente en lo que se refiere a la República de El Salvador. Cuando el 14 de julio El Salvador tomó la decisión de actuar por su propia cuenta en lo que se ha llamado la defensa de los derechos humanos, de la dignidad del hombre e invadió Honduras, a pocas horas Costa Rica y Guatemala, por mensajes recibidos desde Tegucigalpa daban cuenta ya del ataque a Toncontín (el aeropuerto internacional), Nueva Ocotepeque (la ciudad comercial y punto de contacto entre El Salvador y Honduras), Copán (donde se encuentran las famosas ruinas Mayas) y otros lugares de importancia por contar con pistas de aterrizaje, estratégicos para un desplazamiento militar. La fuerza aérea hondureña era el arma principal con que contaba Honduras en caso de guerra. Cuando sobrevino la invasión, las mismas agencias noticiosas informaron, incluso con graves deformaciones, de los combates (silenciaban, inicialmente por ejemplo que se hubieran tomado varias ciudades). Mientras tanto en El Salvador sólo la prensa local daba información completa. Noticias del cable que tendrían que transmitirse por Tropical Radio no llegaron a su destino. En lo que se refiere a los antecedentes inmediatos: los hechos definidos como genocidio, las agencias noticiosas nunca o muy pocas veces transmitieron la verdad de las cosas. El genocidio no hacía noticia; pero sí lo constituyó la guerra no declarada. De esta manera el mundo estuvo informado de la guerra del fútbol; es decir, sobre esta base se deformó la opinión, de manera que cuando se llegó a la XIII Reunión Consultiva de la OEA, la actitud de la mayoría de los representantes era de condena contra El Salvador, no por la guerra misma sino por la ocupación de un país (1 600 kilómetros cuadrados). No se discutieron las garantías pedidas por El Salvador sino la desocupación del territorio hondureño.

Durante los días más graves del conflicto, originados por la guerra, tanto YSS, la radio nacional salvadoreña, como HRN, la hondureña, transmitieron diversos mensajes a través de una cadena nacional, con noticias, comentarios, exaltaciones, amenazas, insultos, y muy pocas veces análisis serios de la situación. Éste fue un ele-

mento esencial para lograr la unidad nacional en sus respectivos países.

La unidad nacional como una estrategia para la acción

El día 3 de julio, día del primer ataque armado de Honduras a El Salvador, Casa Presidencial llamó a los sectores populares, pequeños comerciantes e industriales y a la universidad para que se reunieran bajo la bandera de la Unidad Nacional. La dirección de la Unidad Nacional estaría a cargo del Comandante General de las Fuerzas Armadas, el presidente de la República. Por motivos patrióticos y en vista de la emergencia —éste fue el planteamiento— los obreros y la universidad aceptaron. La universidad declaró, además, que de todos modos mantendría sus posiciones de crítica, de lucha por las causas populares, aunque mantenía su formal ofrecimiento de la ayuda necesaria a fin de encontrar soluciones correctas al problema. Por eso fue enviado el rector a Washington —junto con representantes de todos los partidos políticos— en calidad de embajador ante la OEA.

Media vez conseguida la unidad, las cosas pudieron manejarse mejor. La propaganda a que estaba sometido el pueblo por los diversos canales de información colectiva era abrumadora. Insensiblemente las conciencias fueron bombardeadas sistemáticamente. Un día se habló de hacer un simulacro: un apagón general en caso de bombardeo nocturno. Se anunció el día, la hora y se dieron las instrucciones pertinentes de lo que se debía hacer y de lo que no debía hacerse. De esta manera no fue sorprendente que el lunes 14 de abril, a las seis de la tarde no hubiera energía eléctrica para nada. Y no fue un minuto como se esperaba sino toda la noche. Pero no hubo pánico ni protestas. La guerra había comenzado dos horas antes. La invasión comenzaba a esta hora. La información que se recibió fue por radios transistores, como se ha dicho desde Guatemala y Costa Rica. (Entre paréntesis había que señalar que como efecto de la información deformada, Costa Rica sin mayores datos condenaba ya a las nueve de la noche el ataque armado de los salvadoreños.)

La unidad nacional sirvió para atender a los miles y miles de refugiados que llegaban desde Honduras (antes de la guerra se contaban 17 000 personas); para levantar colectas públicas de dinero, ropa, alimentos, medicinas y servicios; para emitir pronunciamientos y mensajes a nivel nacional e internacional; para pres-

tarse a la vigilancia de las ciudades —la defensa civil, como se llamó—, para organizarse en brigadas de aseo en caso de emergencia, de primeros auxilios, de evacuación de ciudades; para hacer llegar a los reservistas del ejército a los cuarteles; para desarrollar la campaña de la venta de los bonos de la dignidad; para pagar el impuesto de emergencia cobrado en julio y agosto, el cual dejó más de nueve millones de colones; pero también ha servido para llevar un chantaje político social y económico. Por ejemplo en nombre de la unidad la Reforma Agraria será democrática (no se explicó en qué consiste) de manera que no se trata de expropiar a nadie; se condena toda acción política que aliente “el odio de clases”; se encarceló a políticos que condenaron la participación de El Salvador en Washington; se silencian las críticas al gobierno por su política social y económica interna.

Por efecto de la propaganda y amparados en la unidad nacional, el pueblo se ha sensibilizado a toda clase de actos emotivos que traten de mantener el patriotismo. Así, varios miles de capitalinos fueron al Desfile de la Victoria el 6 de agosto, cuando las tropas fueron retiradas de Honduras (aún hoy siguen haciéndose desfiles de soldados en diversas poblaciones del país con el mismo objeto), cuando regresaron los futbolistas de México después de derrotar a Honduras (y no por clasificar en su grupo), cuando regresaron los futbolistas de Jamaica después de ganar la clasificación del grupo (pensando siempre en que el triunfo sería algo que molestaría a los hondureños), cuando llegaron los jamaíquinos a El Salvador y fueron recibidos con flores, confetis, desfiles y toda clase de saludos amistosos (los “negritos” fueron declarados huéspedes de honor, todo para que se dijera que El Salvador es un país civilizado y que el fútbol le sirve para hacer amistad y no guerras, que los visitantes eran bien recibidos y no como lo fueron los salvadoreños en Tegucigalpa), cuando se hacen festivales y maratones radiales para la venta de los bonos de la dignidad nacional.

La verdad es que la Unidad Nacional, sentada en bases emotivas, es un cuerpo de cristal. Bien pronto se resquebraja cuando se ponen en juego intereses de clase. Cuando se ha planteado la necesidad de hacer una Reforma Agraria Integral, la Unidad Nacional se ha resentido. Cuando los obreros han reclamado sus derechos por despidos, rebaja de salarios, alza de precios en los artículos de consumo, como consecuencia de la guerra, no ha habido respuesta adecuada.

Esto que se dice para El Salvador, *mutatis mutandi*, es la misma

tónica en Honduras. Por la Unidad Nacional, las empresas no deben dar trabajo a salvadoreños, no debe consumirse productos salvadoreños. Hubo carnaval el día que Haití derrotó a El Salvador en San Salvador. Se preparaba un día de fiesta nacional si El Salvador perdía con Haití en Jamaica. Se venden diariamente bonos de la unidad y se mantiene el bloqueo económico contra El Salvador.

El prestigio militar en juego

Por muchos años, desde la independencia, la Presidencia de la República fundamentalmente ha estado en manos de civiles. Antes de 1930 los presidentes se habían sucedido bajo el sistema del nepotismo. El último civil fue el ingeniero Arturo Araujo. Todos ellos terratenientes y agroexportadores, que mantenían al país en miseria mientras ellos amasaban dinero, concentraban la propiedad de la tierra y mantenían, obviamente el poder. Desde 1931 se han venido sucediendo militares en la presidencia. El general Martínez, el primero de ellos, estuvo en el poder 13 años; con él —a la par de medidas bancarias de primer orden, construcción de infraestructura importante— se elevó la categoría de los militares en su formación castrense, en su nivel de salarios, en su prestigio. Pero los acontecimientos de 1966, con la invasión de los soldaditos dormidos a Honduras, los militares sufrieron un deterioro importante. Y tenían que reivindicarse. Por esto se ha explotado al extremo el triunfo militar en Honduras. El ejército, llamado el “brazo armado del pueblo” cuando Osorio, es ahora nuestro “glorioso ejército”. Ahora tienen en sus manos al pueblo pues “les ha devuelto su dignidad, les ha garantizado su integridad territorial”, a la par que les demostró su poderío. Hay un hecho significativo que habla de la emotividad despertada por las acciones bélicas en Honduras. Se cuenta de la noche que en el Estadio Nacional el partido de futbol se había convertido en un espectáculo aburrido. De entre los espectadores se descubrió a un soldado y el público empezó a aplaudirle calurosamente. El respeto y el prestigio perdido se ha confirmado de acuerdo con este planteamiento.

Desocupación + expulsión = peligro de Reforma Agraria

Desde antes del 8 de junio habían empezado a llegar expulsados salvadoreños de Honduras que se contaban por cientos. Al 3 de julio se hablaba ya de 17 000 repatriados. A mediados de septiem-

bre se indicaban cifras de 30 000. Los salvadoreños que regresaban a su país en condiciones de pobreza, desposeídos de casi todo lo que había sido su patrimonio en el país vecino, fueron atendidos inmediatamente por diversos sectores de la población. Papel de primer orden lo constituyeron la Cruz Roja Salvadoreña, la Cruz Verde Salvadoreña, maestros, estudiantes universitarios. A los repatriados se les censaba y se les tomaba declaración. Permanecían en locales determinados por un espacio no menor de tres días y luego se les desplazaba a sus pueblos de origen, o donde tuvieran familiares. Un discurso del presidente de la República hizo ver la oferta del país de pan, techo y trabajo para todos los expulsados. Y efectivamente se les ha buscado lugares de asentamiento a través del Instituto de Colonización Rural, por ejemplo. El ICR ha recibido pequeños donativos de haciendas para que sean ocupados por los campesinos. Pero sólo llegan a cientos los atendidos en debida forma, el resto anda ambulante por el país buscando trabajo.

Mientras tanto, concomitantemente al aumento de la población hay un progresivo aumento de la población económicamente activa desocupada y subocupada. El Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica y Social calcula este fenómeno entre un 12-14% de la población económicamente activa; para 1964 serían entre 96 371 y 112 992 habitantes. Evidentemente este problema es mayor en el campo que en la ciudad. Cierto que se dan las alternativas de ocupación disfrazada en la ciudad y absorción del trabajo familiar en el campo; pero esto sólo contribuye a agravar la situación económica de la familia salvadoreña.

En un estudio del *Cida/Cais*, se consigna el dato de mano de obra agrícola requerida en el orden de 208 136; disponible 484 389; lo que da una diferencia de 276 253, equivalente al 56.6 de desocupación. Además, los trabajadores del campo sólo laboran de 280 días hábiles, 122 días, es decir el 43% del tiempo disponible.⁹ Si tomamos en cuenta que el grupo familiar promedio de la clase trabajadora se compone de seis miembros, de los cuales trabajan 2 en 280, ganando un salario de \$ 2.25, salario mínimo legal, tenemos que el ingreso familiar por año sería de \$ 1.260 (\$ 1.00 = US \$ 0.40). Si además hay un gasto de \$ 0.75 diarios *per capita* en concepto de alimentación, al año habría un déficit de \$ 382.50. El problema aumenta si tomamos en consideración que faltan por cubrirse otras necesidades básicas como el vestuario, vivienda, medicinas, educación, etcétera.¹⁰ Y si observamos que sólo trabaja efec-

tivamente 180 días, notamos ya un estado tal de miseria en las clases populares.

Esta desocupación, esta miseria, esta marginalidad crónica es una de las causas fundamentales de la migración salvadoreña. Y como resultado de la persecución de que son objeto en Honduras vienen, además, a agravar la situación económica del país. De manera que, pasada la euforia con que recibió con los brazos abiertos a los salvadoreños y frente al inminente peligro de que comenzaran los reclamos populares sobre lo ofrecido, sólo quedaba una alternativa: detener esa avalancha por medio de una guerra que pudiera negociar eventualmente —como se hizo— las garantías de los residentes en Honduras.

Antecedentes de intervención armada de un país sobre otro, con el fin de proteger los intereses de los nacionales, los hemos tenido en el pasado reciente cuando los Estados Unidos invadieron con sus “marines” en República Dominicana; ataques sorpresivos y ocupación de territorio hubo cuando el conflicto Árabe-Israelí; negociación y discusión sobre nacionalización de empresas extranjeras ha habido a través de toda Latinoamérica. Pero las reacciones han sido diversas. Las perspectivas han sido diversas. Las resoluciones distintas.

Los intereses de los grupos industriales

Ya desde 1968 se había hecho sentir en Honduras los problemas concernientes al Mercado Común Centroamericano. Las noticias llegan a El Salvador en un torrente tal que se puede apreciar que el asunto toma caracteres nacionales, pues la clase trabajadora comienza su protesta contra el impuesto al consumo aprobado por el Congreso Nacional. A principios de este año, oficialmente Honduras declara que ha dejado de percibir varios millones de lempiras (US \$ 1.00 = L 2.00) en concepto de impuestos a la importación de productos manufacturados del área centroamericana.¹¹ El conflicto obrero desató una ola de violencia a través de todo el país, y fue reprimido por el gobierno.

La verdad es que el origen del Mercado Común Centroamericano *a grosso modo*, está viciado. Primero porque tiene un mercado de consumo predeterminado, es decir, que tiene pocas oportunidades de ensancharse. Segundo, las limitaciones de maquinaria y materia prima, aunque hay un importante crecimiento de la industrialización en esa área, sólo constituyen un primer momento de este pro-

ceso; pero las exportaciones no van más allá del área, de tal manera que la maquinaria, y a veces la materia prima, sí vienen de fuera de esta área. No se ha logrado, en tercer lugar, evitar la duplicación en la producción de ciertos productos (cemento hay en Honduras y El Salvador; llantas en Guatemala y Costa Rica, etcétera), lo cual determina una fuerte competencia. Subsisten “trabas” aduanales, impositivas; bloqueos y “competencia desleal” son denunciados constantemente. Pero lo que más se nota es el problema de la balanza de pagos de estos países.

Entre El Salvador y Honduras este problema reviste gran importancia. Qué significa que El Salvador haya recurrido a la OEA para reclamar el derecho de usar la carretera panamericana que pasa por Honduras para enviar sus productos. Significa por lo menos una cosa: que teniendo El Salvador un desarrollo hacia fuera, su comercio exterior lo está beneficiando. Esta percepción fue fundamental para los hondureños, la cual explica notablemente el punto de arranque de las fricciones entre ambos países.

Dos peones de un ajedrez más complicado

Cuando al principio hubo necesidad de hacer planteamientos alrededor de las motivaciones nacionales e internacionales del conflicto, lo que primero salía a la vista era el interés de la oligarquía de mantener este estado de cosas, es decir que dos pueblos se desangraran, porque de todos modos saldría ganando. De modo que se planteó la cuestión de luchar en dirección vertical y no horizontalmente.

Los sectores populares, sensibilizados por la propaganda —dirigida por las clases poderosas— pedían a veces armas para vengar a los hermanos salvadoreños inmolados en Honduras. Pero bien pronto los sectores políticos visualizaron que el problema estaba en un enrejado más alto. Poco a poco se fueron viendo las manos y manejos de un país extranjero. Primero, analizando las inversiones extranjeras en las industrias de integración. Empresas nacionales pero con capital mixto. Según el plan quinquenal del CONAPLAN (Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica y Social, El Salvador), en 1963 el 21.7% del capital social de las sociedades anónimas en el sector industrial equivalente a 31,138.000 colones, correspondía a empresarios extranjeros, de los cuales el 32% proviene de monopolios norteamericanos. Segundo, conociendo los intereses militares norteamericanos; en primer lugar por la

asesoría y formación que proporciona al ejército de ambos países, en segundo lugar por haber formado el Estado Mayor del Ejército Centroamericano; tercero, la forma de tratar el problema por la radio, revistas y a través de las agencias noticiosas.

Por su parte, la radio y periódicos nacionales —cortados con la misma tijera anticomunista— señalaron como incitador de la lucha entre los pueblos a Cuba, Rusia, China Comunista. No encontrando un asidero claro sobre los intereses extranjeros en juego, la campaña se desató denunciando planes guerrilleros “castrocomunistas” que provenían de Guatemala; que López Arellano había entrado en arreglos con Cuba; que los comunistas esperarían que ambas naciones se debilitaran para luego caer sobre ellas. El punto de arranque fue el desarrollo de los planes agrarios de INA en manos del licenciado Sandoval, “conocido comunista”. Si bien se mira, el plan agrario del INA no afecta las propiedades norteamericanas y más bien favorecen la empresa papelera que va a instaurarse en el Departamento de Olancho. A quienes sí afectó fue a los salvadoreños, como ya se ha señalado.

Las relaciones comerciales entre El Salvador y los Estados Unidos señalan un constante deterioro de las relaciones de intercambio. Se le compran mercaderías y materias primas a precios altos, fijados por ellos obviamente. Se le venden productos a precios bajos, impuestos por ellos naturalmente. De esta manera El Salvador pierde cientos de millones de dólares. Sin embargo son los mismos Estados Unidos los que nos prestan dólares para remediar una situación creada por ellos mismos.

Claro que en el punto concerniente Estados Unidos tiene mucho que arriesgar al cerrarse las fronteras centroamericanas a causa de la guerra. Tiene tantas inversiones en electricidad, ensamblaje, transportes, etcétera. Y tiene mucho que ganar cuando la *United Fruit Co.* por presión de los sindicatos hondureños expulsa a los salvadoreños de sus plantaciones sin tener que pagar altas indemnizaciones, después de que le han servido por muchos años.

En esta confusión, creada por las contradicciones en que se mueven los norteamericanos, se fue identificando los Estados Unidos con la OEA, hasta el punto que periódicos caracterizados como proimperialistas lanzaron sus voces airadas contra los Estados Unidos y la OEA. Se condena abiertamente a la *United Fruit Co.*, se ataca a la Tropical Radio, y con ello también se condena a la OEA. La primera reacción antes del 31 de julio al menos tenía esa tónica anti-OEA. Es decir, cuando la perspectiva era la de

que se declarara agresor a El Salvador. A medida que el panorama fue cambiando, también fue cambiando la manera de tratar el punto referido a tal organización.

Si recapitulamos algunas cuestiones tratadas aquí como antecedentes inmediatos de la guerra, nos daremos cuenta de que el asunto es más complicado que una rivalidad futbolera: fuerte inmigración salvadoreña en Honduras, salvadoreños residentes indocumentados, fronteras no definidas, prejuicios, problemas del Mercado Común Centroamericano, la Reforma Agraria Hondureña, intereses extranjeros en juego, el prestigio militar. Y queda mucho por descubrir para desentrañar el papel de Estados Unidos en el conflicto. Y no se ve claro porque su participación cuenta con una vinculación estrecha con los capitalistas (la oligarquía proimperialista) en todas esas compañías de capital mixto.

Por otro lado, esa llegada de capital extranjero a El Salvador que tiene un impacto en el proceso de industrialización está ligada a la gran cantidad de redes de comunicación dentro de El Salvador. Casi todo el territorio salvadoreño está cubierto de carreteras, incluso con varias vías que comunican con Guatemala y Honduras. En cambio en Honduras la principal vía de comunicación es la aérea en detrimento de la comunicación terrestre, debido a la conformación del terreno y a su extensión. De ahí que salía más ventajoso invertir en El Salvador y enviar a Honduras que hacerlo a la inversa. Pero la costa norte, a su vez, constituye un territorio casi autónomo: tiene dentro de la bananera sus ferrocarriles, sus muelles, su sistema de vigilancia, además de las construcciones que le son inherentes, tales como sistema de riegos, empacadoras, limpiadoras, etcétera. La economía hondureña es poco afectada por los ingresos a la bananera.

De esta suerte dos países chicos, dos países hermanos hasta entonces, con una historia común, con una población entremezclada se fueron a la guerra como dos peones de un ajedrez más complicado.

La guerra de las cien horas

Con esta serie de antecedentes (genocidio organizado, provocaciones fronterizas, amenazas por la radio HRN, comisiones inoperantes, silencio internacional sobre estos hechos) El Salvador decide irse a la guerra, y lo hace sorpresivamente el 14 de julio. Ataca el punto esencial del potencial guerrero de Honduras: la aviación. Antes de que la Fuerza Aérea Hondureña pudiera levantar

el vuelo ya había sido fuertemente castigada. Al ataque sorpresivo por aire se unió una invasión bien organizada. Nueva Ocotepeque, el principal fuerte hondureño debía caer en 72 horas y la batalla duró poco. Las bajas en ambos ejércitos fueron incontables. Fue una carnicería bárbara. De modo que la ocupación fue rápida, más de 1600 km² fueron controlados por El Salvador antes de que la OEA reaccionara —entonces sí— con rapidez y fuerza. No “sugirió” el cese de fuego, sino lo ordenó. Para ese momento habían caído poblaciones fronterizas con El Salvador: Alianza, Nueva Ocotepeque, Aramesina, San Marcos Ocotepeque, Caridad, Gracias, etcétera, en total unas 10 ciudades y otras poblaciones menores. Estos lugares son poblados por salvadoreños y hondureños y descendientes de ambos. Sin embargo estaba muy lejos Olancho, que eran los dominios del famoso coronel Padilla, el que dio cuenta de muchas vidas, de incontables mutilaciones, de infinidad de persecuciones. También estaba retirado Tegucigalpa, que era uno de los objetivos principales. El avance fue detenido por varios factores, como la pronta intervención de la OEA, la resistencia militar apoyada por las condiciones del terreno.

La ocupación fue interpretada de manera diversa a los objetivos de El Salvador. El gobierno y el pueblo salvadoreños querían evitar ya tanta expulsión y matanza impune de salvadoreños; querían exigir garantías para los salvadoreños residentes; la lucha era por “los derechos del hombre”, por la “dignidad del hombre”, como decían las declaraciones oficiales. Honduras puntualizó que se estaba negociando con algo no negociable. Por ello pidió el retiro de las tropas y la declaratoria de Estado agresor. Pero olvidaba lo del genocidio. Y ésta fue la tesis dominante en la XIII consulta de la OEA. Esto se explica tanto por los tratados internacionales como los antecedentes que hay en toda Latinoamérica. Son varios países los que tienen problemas fronterizos y que han sido motivos de fricción: Perú y Ecuador, Chile y Argentina, Honduras y Nicaragua, Chile y Perú, etcétera. La tesis salvadoreña de ocupar un país para exigir alguna resolución no podía ser un buen precedente en Latinoamérica. Y esto fue lo que más destacaron los embajadores en la OEA. No se percató nadie de los problemas que habían provocado tal ocupación. Después de la reunión de la OEA, El Salvador tuvo que retirar sus tropas. El 6 de agosto, día del patrono del país, El Salvador del Mundo, hicieron su entrada las tropas del “glorioso ejército nacional”, con gran alborozo, alegría y pompa de los civiles. ¿Qué se había logrado con la guerra?

La XIII Reunión Consultiva de la OEA

Al mandato de la OEA del cese de fuego se unió la indicación de que El Salvador debía retirar sus tropas so pena de la aplicación de las sanciones correspondientes a un país declarado agresor. Con esta situación inminente se celebra en Washington la XIII Reunión Consultiva de la OEA y el 31 de julio se llegan a algunas conclusiones. Varias soluciones le son presentadas a El Salvador, pero en todas se condiciona el retiro de las tropas. En vista de que El Salvador insistía en permanecer en Honduras mientras no se le diera garantías a los salvadoreños residentes, fue presionado hasta el punto en que se le amenazó con declararlo país agresor con las sanciones más severas: ruptura de relaciones diplomáticas y consulares; no envío de productos de petróleo y derivados, ni maquinaria. Y sólo por razones de humanidad se le enviarían medicinas y alimentación. El país agredido sería castigado duramente. Honduras, mientras tanto, había suspendido la expulsión de salvadoreños. Allá también se condenaba a la OEA antes de la reunión.

Ante el bloqueo económico y la amenaza militar, El Salvador acordó retirar sus tropas. No tuvo la audacia de comenzar negociaciones con los países socialistas a fin de buscar nuevos mercados. Otros países sin embargo lo han hecho, como Costa Rica. ¿Qué se ganó con la OEA?

*Salvadoreños de pie (El Salvador), porque
ya no caben sentados (Honduras)*

Honduras consiguió sus objetivos: confundir la opinión y lograr decisiones a favor; en esto fueron más hábiles. Los salvadoreños confiaron en que contar con la verdad era suficiente. Confiaron en planteamientos legales y de corte idealista, abstractos para ganar la lucha. Pero los asistentes a la citada reunión de la OEA llevaban ya información la cual no provenía precisamente de El Salvador. Además los instrumentos con que cuenta la OEA son insuficientes para dar las garantías solicitadas por El Salvador. Cada funcionario del organismo cuesta muchos dólares diarios, así sean observadores o delegados. Y el aparato legal es incompleto. Por ejemplo, el castigo del genocidio se hará "conforme a las leyes del país", y en Honduras no hay legislación a este respecto. ¿Cómo va a castigarse a sí mismo un gobierno declarado genocida?

La decisión de la OEA no satisfizo a ninguno de los dos países.

Los embajadores declararon que no se trataba de condenar a ningún país sino de poner a prueba el sistema interamericano. Pero la ineficacia de las decisiones les dieron alas a los hondureños, y éstos continuaron con los hechos tan conocidos ya por los salvadoreños, pero casi ignorados por el mundo entero. Más de quince mil salvadoreños fueron recogidos en decenas de campos de concentración, en condiciones infrahumanas. La campaña radial anti-salvadorense continúa más violenta cada vez. Continúa también la expulsión de salvadoreños. Se ha cerrado la carretera panamericana a todo producto, transporte, correo, persona de origen salvadoreño. En cambio El Salvador, con la esperanza vana de encontrar una vía para sus productos mantiene abiertas sus fronteras con Honduras y Guatemala. Pero Honduras mantiene bloqueado el camino y los productos manufacturados se están ahogando en El Salvador.

En la campaña en pro de la Unidad Nacional Salvadoreña, y como una salida a los gastos de guerra se inició la venta de los bonos de la dignidad nacional. Un *slogan* fue “salvadoreños, de pie” y continúa “defendamos la patria orgullosos comprando bonos de la dignidad nacional”. Pero los hondureños, conociendo la realidad demográfica de El Salvador agregaron en sus burlas constantes a los “pipiles” que los “guanacos” ya no caben en su país. Y esto sólo es una de las tantas cosas que diariamente se transmiten por radio HRN. Estos nuevos hechos han sido denunciados ante la OEA. ¿Pero qué se ha ganado? Situaciones como la planteada también hacen ver que tanto en El Salvador como en Honduras se está pendiente de lo que se hace en el otro país para denunciar, para hacer burla, para agredir, para fastidiar la paciencia del otro, pero jamás para buscar una solución correcta a los problemas. Por lo que se ve, Honduras tiene un interés desconocido de que las cosas marchen para peor. Y la guerra de las cien horas se ha convertido no en un triunfo para El Salvador sino en un castigo para la economía de los salvadoreños en su país y un peligro para la seguridad de los salvadoreños residentes en Honduras.

Consecuencias

Las consecuencias más inmediatas del problema de El Salvador con Honduras revisten un carácter de gravedad. En lo que se refiere a lo económico el nivel de vida ha subido considerablemente ya que Honduras era un proveedor de primer orden de frijol y arroz. El Salvador por su parte ha ido disminuyendo su produc-

ción de arroz y maíz para atender la producción de café, algodón y azúcar, sin prever esta situación. Aunque el IRA (Instituto Regulador de Abastecimientos) ha fijado precios de la sal, azúcar, maíz, arroz y frijoles, los comerciantes han elevado los precios de dichos artículos, más los de la carne, huevos, y los que ya habían sido gravados por el 30% de impuesto de importación por ser considerados de lujo. Entre éstos se encuentra la leche.

Como se ha indicado al cerrarse las fronteras para los productos manufacturados salvadoreños, la producción ha disminuido y por supuesto las ganancias para los industriales. Los que sufrieron las consecuencias más inmediatas fueron los trabajadores a quienes se les ha reducido el sueldo, o se les ha despedido.

El ejército ha consolidado posiciones importantes en el país y por muchos años quizá seguirá entronizada la "dinastía militar" en el poder. Con ellos está la oligarquía que ha demostrado su patriotismo estableciendo una Compañía de Parcelaciones, a fin de realizar su reforma agraria; ha regalado fincas de cientos de manzanas para los repatriados que el ICR distribuye, sin solucionar el problema. El gobierno ha prometido cambios en la estructura agraria con un plan de reforma democrática. Hasta el momento no ha señalado en qué consiste una reforma de ese tipo, cuáles son sus metas, el tiempo de realización, los alcances y las instituciones que llevarán adelante tal proyecto. Pero lo más destacable del asunto es que una comisión nombrada por el gobierno está formada fundamentalmente por elementos representativos de la oligarquía terrateniente o de sus defensores. Los partidos políticos han permanecido en silencio, no se han pronunciado críticamente respecto de lo que ocurre. Sus planteamientos en el congreso no obedecen a un plan político que pudiera servir de guía para conocer luchas futuras. La Unidad Nacional se ha entronizado como un símbolo intocable, de modo que la clase trabajadora y campesina está obligada a no romper con esa unidad haciendo demandas contra la clase empresarial. Siguen llegando cientos de salvadoreños al país diariamente y la OEA no da señales de encontrar una solución al conflicto. Los otros países centroamericanos se han aprestado a sostener sus relaciones comerciales parciales en el roto Mercado Común. La prensa nacional sigue explotando la emotividad para diversas campañas de recolección de dinero: para bonos de la dignidad, para juguetes del niño pobre, para adoptar niños hondureños expulsados de Honduras por ser hijos de salvadoreños, para hacer homenajes a la selección nacional

de fútbol. Pero no hay planteamientos serios para encontrar solución al analfabetismo, desnutrición, desempleo, pobreza, prostitución, etcétera.

Conclusiones

El conflicto hondureño-salvadoreño puede plantearse integralmente, pues es bastante complejo. Nuestro informe incluye variables históricas, económicas, políticas, sicosociales. Si bien no han sido analizadas completamente —no ha sido éste el propósito— hay en el país una serie de estudios sobre el problema (v.gr. Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades, Universidad de El Salvador, *Contribución al estudio del conflicto hondureño-salvadoreño*, Facultad de Economía, Universidad de El Salvador, *Lineamientos generales para un plan de absorción de los salvadoreños expulsados de Honduras*, Facultad de Derecho, la misma Universidad, Estudio Jurídico del Problema de Honduras y El Salvador) que podrían dar nuevas luces sobre el conflicto. En este trabajo hemos tomado algunos apuntes para configurar mejor los factores que han intervenido en el problema.

La participación de la OEA ha estado por debajo de las expectativas de los salvadoreños y aun de los hondureños. Pero quien ha llevado la peor parte ha sido justamente el pueblo salvadoreño, pues la guerra de las cien horas, el triunfo en la OEA no se ha reducido a cuestiones prácticas. Si no fuera por la satisfacción que ha dado el fútbol (ésta es la parte trágica de nuestra alienación) un sentimiento derrotista hubiera invadido ya a los salvadoreños. Porque al pueblo se le engañó, no se le ha dicho toda la verdad, se le ha adormecido con la propaganda, pero ya empieza a ver que muchos de los discursos fueron palabras y promesas y pocas realizaciones. Y si en un momento los políticos que trataron de denunciar las cuestiones fueron mal vistos, en un momento próximo quizá serán oídos con más atención. Porque ya el próximo año vendrán las elecciones de diputados y alcaldes, y los partidos tendrán ocasión de explotar las aristas que el gobierno y los organismos internacionales no han sabido tratar. Y si hace algunos años un partido político de tendencia izquierdizante fue silenciado y clausurado para la campaña presidencial del periodo que casi termina, justamente por el planteamiento de la necesidad de la reforma agraria del país, en los momentos actuales se hacen más fuertes las demandas en esta dirección. Esto quiere decir que serán

los pueblos los que tendrán que buscar los cambios estructurales que necesitan.

Mientras persistan las condiciones que dieron origen al problema honduro-salvadoreño, el germen se mantendrá. Son las crisis internas más bien que las crisis internacionales las que tendrán que atacarse. Y bien pronto. Pero esto es lo que temen los sectores dominantes. Y por eso se genera esa alienación en las masas a través de los medios de comunicación masiva.

San Salvador, 19 de octubre de 1969

NOTAS

¹ s.a. Biografía de Agustín Farabundo Martí, mimeogr. San Salvador, 1967, s.e., p. 17.

² *Op. cit.*, p. 18.

³ *Op. cit.*, p. 19.

⁴ Newcomb, Theodore. *Manual de psicología social*, EUDEBA, t. II, Buenos Aires, 1964, p. 663.

⁵ Cachero = que hace la cacha, que se esfuerza, que busca todos los medios para resolver sus problemas de subsistencia.

⁶ Torres-Rivas, Edelberto. Familia y juventud en El Salvador, mimeogr., ILPES, UNESCO, Santiago de Chile, marzo de 1969.

⁷ Fuentes Rivera, Luis. *El conflicto Honduras-El Salvador. Aspectos políticos, sociales y económicos*. Publicaciones de la Sociedad de Estudiantes de Medicina "Emilio Álvarez" (SEMEA), San Salvador, El Salvador, C. A. s. f., s. e., p. 8. En estos momentos se discute la existencia del autor, periodista mexicano, según la publicación.

⁸ Copiamos íntegramente el artículo II de la mencionada convención: "En la presente convención, se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física total o parcial; d) medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo." El artículo III establece que no sólo se castigará el genocidio sino, enumerándolos, todos los grados de participación en él. Para los fines de extradición, según el artículo VII, ni siquiera se asimila a los delitos políticos. Honduras ha incurrido en los literales a), b) y c) del artículo II. Tomado de Hugo Lindo. "La Monstruosidad del Delito de Genocidio, III", diario *El Mundo*, año III, núm. 818, San Salvador, jueves 24 de julio de 1969, p. 11.

⁹ CIDA/CAIS, *El Salvador: Características generales de la utilización y distribución de la tierra* (primer borrador), México, 1968, p. 122.

¹⁰ CIDA/CAIS, *op. cit.*, p. 78.

¹¹ Vid. Weisselfiez, J. Jacobo. *El comercio exterior, el mercado común y la industrialización en relación al conflicto*, en Depto. de CC. SS. Facultad de Humanidades, Universidad de El Salvador, contribución al estudio del conflicto Hondureño-salvadoreño, publicaciones de la AEH, pp. 27 y ss.